

Kent V. Flannery*

“Había gigantes en aquellos días”. Richard Stockton MacNeish, 1918-2001**

El 16 de enero de 2001, en un camino de terracería en las montañas mayas de Belice, se hirió fatalmente uno de los más prolíficos y pintorescos protagonistas de la arqueología, en un choque de su automóvil rentado. Habiendo perseverado durante 82 años, a pesar del cáncer, ataques de corazón, de casi haberse ahogado y tenido una doble cirugía *bypass*, el aparentemente indestructible “Scotty” MacNeish se nos fue por un accidente. Aún si hubiera durado 102 años, consideraría prematura su muerte.

MacNeish nació el 29 de abril de 1918 en la ciudad de New York, pero creció en Eastchester y White Plains, New York. Su padre, Harris Franklin MacNeish, fue profesor de matemáticas; su madre, Elizabeth Stockton, descendía de un fundador de la Universidad de Princeton. Los padres de MacNeish quisieron que estudiara en Princeton, pero él consideró la idea como “snob” y “elitista”. En su autobiografía (*The Science of Archaeology?*, 1978) describió sus años de adolescencia como tiempos de rebelión en contra de la familia, los suburbios, el capitalismo, y la mística de la *Ivy League*. MacNeish nunca dejó de resistirse a los intentos por “civilizarlo”.

En la primavera de 1930, la señorita Ives, su maestra de historia del arte del octavo grado, le dio a MacNeish un premio por un álbum de imágenes sobre la arqueología maya. Esto reforzó su interés por la arqueología, así que un año después le escribió a A. V. Kidder, director de las excavaciones de la Carnegie Institution en Chichén Itzá, ofreciéndose como acarreador del agua (aguador). Kidder rechazó a MacNeish, pero lo alentó a estudiar arqueología, iniciando así una larga amistad. Cuarenta años más tarde, en 1971, Scotty ganaría la medalla nombrada el premio Kidder.

* Museum of Anthropology, University Museums Building, 1109 Geddes Avenue, University of Michigan, Ann Arbor, MI 48109-1079, USA.

** Originalmente publicado en inglés en *Ancient Mesoamerica*, núm. 12 (2001), pp. 149-156, con el título *In Memoriam* “There were giants in those days”, y traducido por Ivan Šprajc.

En 1936, con muchas de las mismas reservas que había tenido acerca de Princeton, Mac Neish entró a Colgate. Su primera excavación fue en el sitio de Nichols Pond Iroquois en el centro del estado de New York. En 1937 logró incorporarse a la expedición de Rainbow Bridge-Monument Valley en Arizona, donde excavó una casa semisubterránea de Tsegi Canyon Pueblo I, bajo la dirección de Ralph Beals. En el verano de 1938 regresó para trabajar con Beals en Cobra Head Canyon, Watson Smith cerca de Black Mesa, y con George Brainerd en dos sitios: una casa subterránea de la etapa Basket Maker III y la cueva de Swallow Nest. Este trabajo involucró a MacNeish de varias maneras. Por una parte, Brainerd le enseñó cómo excavar una cueva, quitando con precaución un piso habitacional a la vez, técnica que posteriormente emplearía en México. Por otra parte, Mac Neish nunca dejó de sospechar que las casas subterráneas del estilo de Basket Maker precedían las viviendas de bajareque y barro del Formativo en México —visión que posteriormente fue reforzada por su descubrimiento del sitio Ts-381 en el Valle de Tehuacán.

En su segundo año de estudios, varios arqueólogos del suroeste animaron a MacNeish a que se cambiara a la Universidad de Chicago y estudiara con Fay-Cooper Cole. Pero había un asunto no terminado que atender, antes de que esto pudiera suceder. Siendo entonces un consumado boxeador aficionado, MacNeish quería participar en el campeonato de Guantes de Oro (*Golden Gloves*). Cumplió su deseo en Binghamton, New York, en 1938, y antes de aquel otoño dejó Colgate para pasar a la Universidad de Chicago.

Chicago en ese entonces fue un Valhalla arqueológico. El oeste medio estaba lleno de equipos de excavación apoyados por la *Depression-era Works Progress Administration* (WPA), y Fay-Cooper Cole estableció en el sitio de Kincaid Mounds, en el sur de Illinois, la escuela de campo de Chicago. Allí MacNeish escucharía interminables discusiones sobre el método y la teoría de James A. Ford, William Haag, Jesse D. Jennings,

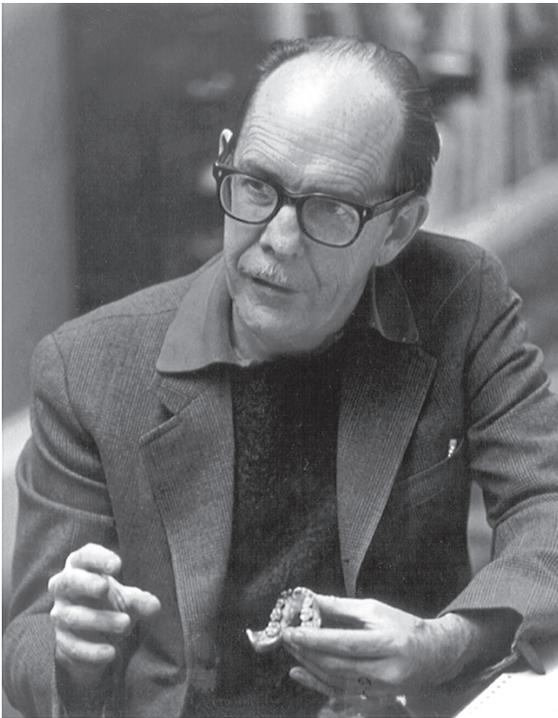
John Cotter, Glen Black, Tom Lewis y Madeline Kneberg y, desde luego, del mismo “Papa” Cole. Aprendería el método de WPA de excavar por capas de 6 pulgadas, con palas especiales y cucharillas de albañil, removiendo los escombros con recogedor y cribando todo; asimismo aprendería el método de la Universidad de Chicago de cortar verticalmente con picoletas, de registrar todo en formatos cuadrados de descripción, de rasgos y de fotos. Las técnicas de excavación horizontal (raspado), con las que encontró huellas de postes y pisos de tierra, se adaptarían apenas diez años después en Pánuco, Veracruz, donde él llegó a ser el primero en hallar las huellas de postes de una casa del Formativo mesoamericano.

MacNeish recibió su primer grado (B.A.) de la Universidad de Chicago en 1940, y hasta 1941 llegó a ser supervisor de estudiantes en Kincaid; posteriormente, en 1944, escribió su tesis de maestría sobre Lewis Focus, en Illinois. Difícilmente puede sobrestimarse el efecto de aquellos años en Chicago. Primero, MacNeish aprendió cómo manejar a un grupo de 80 personas, incluyendo topógrafos, dibujantes, excavadores, cernidores y “escribas” que llenaban los formatos. Durante sus proyectos en Tehuacán y Ayacucho todavía podía notarse esta organización. Segundo, para las clases de Robert Redfield escribió un ensayo sobre el libro recientemente publicado de Julian Steward, *Basin-Plateau Aboriginal Sociopolitical Groups* (1938). Esta monografía tuvo tanto impacto sobre Scotty que, en el resto de su carrera, las síntesis que hizo para cada región que investigó eran prácticamente semejantes al Great Basin. Incluso su famoso modelo de “microbandas” y “macrobandas” fue inspirado por la descripción de Steward de los Paiutes.

Por otro lado, MacNeish adaptó su estilo distintivo de debatir de su boxeo defensivo. Ansioso por continuar con su deporte favorito, se incorporó a un club de atletismo en South Side de Chicago. Le iban a pagar 25 dólares por pelea, con lo que se ayudaría para financiar su educación. Sin embargo, pronto descubrió que lo iban

a lanzar, como “villano blanco”, contra una serie de boxeadores prometedores afroamericanos, que lo noquearían sin misericordia. Para protegerse, adoptó un estilo peculiar de movimientos, fintas y puñetazos de contraataque que, aunque abucheado por la multitud predominantemente afroamericana, a menudo le permitió ganar por puntos. “Finalmente”, dijo, “por más que amaba el boxeo, concluí que, si quería conservar algo del cerebro para la arqueología, tenía que retirarme”. La nariz quebrada visible en la figura 1 fue su versión de la cicatriz de duelo.

El estilo de contragolpes de MacNeish le sirvió bien en Kincaid durante su primer combate intelectual con el legendario James B. Griffin. MacNeish fue vencido, porque conocía sólo el sitio de Lewis Focus, mientras que Griffin tenía un conocimiento enciclopédico sobre la cerámica norteamericana. Como lo describió MacNeish en su autobiografía, “peleé en retaguardia de la mejor manera escocesa, retirándome



● Fig. 1 Richard S. MacNeish, a finales de los años de 1970.

ante la fuerza aplastante, sufriendo pérdidas horribles, pero nunca rindiéndome”.

William Wallace hubiese admirado la valentía de Scotty, y también lo hizo Griffin. En 1946 invitó a MacNeish a pasar un año en la Universidad de Michigan para aclarar el problema de los orígenes de los iroqueses. En lo que se considera como una aplicación rigurosa del enfoque histórico directo, MacNeish empezó con la cerámica de los grupos iroqueses históricos, vinculándola con la cerámica de los complejos prehistóricos de Owasco y Point Peninsula. Después de haber analizado medio millón de tiestos, Scotty confirmó la opinión de Griffin de que los iroqueses se desarrollaron *in situ*, en lugar de haber sido inmigrantes del área de Mississippi.

Una investigación similar, de inmigración y contacto cultural, fue la que llevaría a MacNeish a sus mayores descubrimientos. Los años cuarentas fueron la época en la cual los difusionistas buscaban explicar a los Mound Builders del sureste de Estados Unidos en términos de migraciones de Mesoamérica. Cole decidió que MacNeish debería estudiar esta interpretación para su tesis doctoral, así que, en 1945, mandó a Scotty a realizar prospecciones en el sur de Texas y el norte de Tamaulipas. MacNeish no encontró pruebas de migraciones de México a Texas, pero en la primavera de 1946 localizó cinco interesantes abrigos rocosos en el cañón del Diablo en la Sierra de Tamaulipas. Protegidas de la lluvia por los acantilados arriba y desecadas por evapotranspiración intensa, las cuevas estaban llenas de restos prehistóricos de plantas, mecates, cestería y otros artefactos, normalmente perecederos.

En retrospectiva, parece sorprendente que MacNeish necesitó dos años para recabar fondos suficientes para excavar estas cuevas, cuyo destino era cambiar el curso de la prehistoria del Nuevo Mundo. Por fin, una beca otorgada en 1948 por el Viking Fund de la Wenner-Gren Foundation lo llevó nuevamente a Tamaulipas para una temporada de ocho meses. En

enero de 1949, su jefe de grupo encontró tres pequeñas mazorcas de maíz precerámicas en la cueva de La Perra. De la noche a la mañana, el periodo de la agricultura incipiente en México —una construcción teórica, discutida en las clases, pero nunca realmente observada— salió a la luz del día.

Los tres sitios más importantes de este grupo fueron las cuevas de Nogales, Diablo y La Perra. MacNeish empezó su excavación en la cueva de Nogales empleando los niveles arbitrarios de seis pulgadas y los métodos de WPA/Chicago que había aprendido en Kincaid, pero pronto se dio cuenta que éstos no serían apropiados para cuevas secas. Al recordar la manera en que Brainerd había destapado, con una cucharilla, los pisos habitacionales en la cueva de Swallow Nest en 1938, aplicó este método en la cueva del Diablo. Antes de llegar a la cueva de La Perra, había empezado a desarrollar su propio estilo de excavación de cuevas. Después de haber dividido el piso de la cueva en cuadrantes, fue excavado un número pequeño de cuadrantes alternados. Así quedó expuesta la estratigrafía “natural” y “cultural” de los cuadrantes intermedios, con lo cual resultó más fácil seguir un piso habitacional específico de un cuadrante al otro con la cucharilla. Paulatinamente, las viejas medidas en pulgadas y pies de la WPA fueron sustituidas por el sistema métrico, más universalmente aceptado. Más tarde, MacNeish se referiría a este sistema de excavar por niveles naturales o culturales, usando cuadrantes alternados de un metro cuadrado, como el “método de La Perra”.

Sin embargo, todavía le tocó hacer una última excavación con los métodos de la WPA. En 1948, al ser presionado por Gordon Ekholm del American Museum of Natural History, MacNeish tomó un breve cambio de sus excavaciones en Tamaulipas a las planicies costeras del Golfo en el norte de México. En Pánuco, Veracruz, Ekholm había expuesto una secuencia de seis fases culturales en un profundo corte estratigráfico en la ribera de un río. Empleando cuadrantes de 5 y 10 pies, MacNeish excavó una cala

escalonada de 26 pies de altura hasta el nivel del agua, agregando tres periodos más tempranos a la secuencia de Ekholm. Hoy en día no es difícil asignar la mayoría de estas fases nuevas al Formativo temprano y medio, pero en 1948 la región era una *terra incognita*, y las únicas referencias para poder fechar la cerámica fueron sitios distantes, tales como Tres Zapotes o Zacatenco.

En Pánuco, un coleccionista local le mostró a MacNeish una maqueta de barro de una casa (o templo) hecha en tiempos prehistóricos. La construcción manifestaba una planta oval o apsidal, con una puerta en uno de sus lados largos y con el techo de paja o palma, como todavía están en uso entre los huastecos del noreste de México. Excavando en los depósitos de la fase Chila del Formativo medio en Pánuco, MacNeish encontró una línea arqueada de cuatro huellas de postes pertenecientes a una casa semejante que atravesaba su excavación. Ésta no sólo fue la primera casa del Formativo medio recuperada arqueológicamente; fue la primera prueba de que las casas tempranas de la Costa del Golfo habían sido apsidales (en lugar de rectangulares, como las casas contemporáneas del altiplano).

MacNeish constató que sólo la introducción a México del estilo de Kincaid de excavación horizontal le había permitido recuperar el piso de una casa de bajareque y barro, algo que se le había escapado a George Vaillant en El Arbolillo y Zacatenco en los años treinta. Vaillant había sido formado en el gran basurero del pueblo de Pecos, y es comprensible que haya tratado Zacatenco como un basurero en lugar de un poblado. MacNeish concluyó que las técnicas del medio oeste eran más adecuadas que las del suroeste, para encontrar las casas en pueblos del periodo Formativo.

En 1949 MacNeish completó su tesis de doctorado sobre sus prospecciones en Tamaulipas, y dejó Chicago para trabajar con el National Museum of Canada. Por su temperamento fue idóneo para un trabajo de museo, que le dejaba

tiempo para salidas al campo y la investigación, sin causarle distracciones, tales como la docencia. Su posición, no obstante, lo obligó a realizar trabajos arqueológicos de consideración en Canadá. Ése no fue ningún problema: inmediatamente en 1949, Scotty salió por tres meses a recorrer las tierras yermas de Northwest Territories. Para 1952, había examinado el área superior del río Mackenzie y excavado los sitios en Pointed Mountain, Fort Liard y por el lago de Great Bear en el círculo Ártico. Aprovechando que los Territorios Noroeste estaban congelados durante todo el invierno —justamente en la temporada en que México estaba seco y fragante— elaboró un plan apropiadamente ambicioso para un hombre al entrar en sus treinta: los veranos en el Ártico, los inviernos en México.

Las excavaciones de MacNeish en la Sierra de Tamaulipas habían recorrido el cultivo del maíz hasta el año 2500 a.C., pero él sentía que por ahí en algún lado había mazorcas más tempranas aún. Alentado por el botánico Paul Mangelsdorf de Harvard, MacNeish se dirigió a la Sierra Madre del suroeste de Tamaulipas, cerca de Ocampo. Javier Romero y Juan Valenzuela, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, le dijeron que, en 1937, un hombre llamado Guerra los había llevado a unas cuevas secas y llenas de momias en el cañón del Infiernillo. MacNeish volvió a localizar a Guerra, quien lo llevó a un desgarrador paseo a caballo de tres días por tierras desoladas. La excursión terminó en “dos magníficas cuevas con preservación”, sitios que Scotty denominó como Romero y Valenzuela.

En 1953-1954, MacNeish regresó con tres asistentes para excavar. La cueva de Romero tenía 17 capas culturales, espléndidas áreas de actividad, cestos, esteras, hilos, plantas, coprolitos y plantas domésticas tempranas. La cueva de Valenzuela no era tan profunda, pero tenía preservación equivalente. Recientemente Bruce Smith de la Smithsonian Institution ha analizado y fechado, mediante AMS, muchos de los cultígenos de las cuevas de Ocampo de Mac

Neish. Las fechas más tempranas (calibradas al tiempo “real”) son 4360 a. C., para la calabaza (*Cucurbita pepo*), 4200 a. C. para el guaje, y 2455 a. C. para el maíz. Pese a lo recóndito de las cuevas y las condiciones difíciles de vida, la secuencia interminable de grandes descubrimientos exaltaba el espíritu del grupo de campo. David Kelley, uno de los asistentes de MacNeish, hasta se inspiró para escribir un corrido estilo Tamaulipas, acerca de la temporada de 1953-1954. Años después, MacNeish todavía recordaba los versos finales: “Cada día más sorpresas, ¡y momias de cuatro mil años!”

A pesar de sus importantes descubrimientos, el éxito de MacNeish (y su creciente reputación) habían empezado a generar críticas: como suelen decir los japoneses, el clavo que sobresale a los demás es el que es martillado. Las cuevas de Tamaulipas produjeron números prodigiosos de puntas de proyectil, y MacNeish basó su tipología en los esfuerzos pioneros de sus colegas de Texas, Dee Ann Suhm, Alex Krieger y Edward B. Jelks. No todos los texanos consideraban que esta fuera una buena idea, porque se suponía que los tipos eran restringidos no sólo en el tiempo sino también en el espacio. Por ejemplo, Tamaulipas tenía lo que *morfológicamente* parecía como puntas de Langtry, pero aquellos artefactos no ocupaban la misma área geográfica o nicho cronológico que las puntas de Langtry en Texas. La postura de MacNeish consistió en que no quería crear un nombre nuevo para cada punta que parecía exactamente como la encontrada en el otro lado del Río Grande. ¿Acaso un tipo así no se hubiera podido inventar en Tamaulipas y extenderse posteriormente a Texas, o viceversa?

MacNeish siguió usando sus tipos de puntas de Texas hasta después de que su investigación se hubo trasladado a Tehuacán, cientos de kilómetros más lejos del Río Grande, y a veces replicaba a sus críticos de Texas con burla. Al encontrar, en Tehuacán, lo que parecía ser versión en miniatura de la punta Gary de Texas, simplemente le dio el diminutivo mexicano, llamándola punta “Garyito”.

Éste fue, desde luego, tan sólo uno de los muchos y legendarios macneishismos. El tipo de punta dentada, que le recordaba a una mujer con el cabello desgreñado, recibió el nombre de “Pelona”. Otro que le dio la impresión de flaco debería llamarse así, pero de alguna manera llegó a escribirse mal y para siempre aparecerá en la literatura como “Flacco” (“Ha de ser una importación de Italia”, dijo su colega José Luis Lorenzo).

El desafío más serio al trabajo de MacNeish en Tamaulipas, sin embargo, llegó de un arqueólogo formado en Harvard que excavaba en el estado vecino de Coahuila. Allí, Walter W. Taylor —mejor conocido por su crítica teórica y metodológica, *A Study of Archaeology* (1948)— había estado excavando un sitio llamado la cueva Espantosa. En 1958 la American Philosophical Society publicó, por un módico precio de cinco dólares (!), el informe de MacNeish sobre sus cuevas de la Sierra de Tamaulipas. A Taylor se le solicitó que reseñara la monografía para *American Antiquity*, lo cual hizo al inicio de 1960.

Taylor atacó a MacNeish por admitir que había empezado a excavar la cueva del Diablo usando el estilo de WPA de las capas arbitrarias de 6 pulgadas, pero menospreció el hecho de que posteriormente MacNeish cambió a la técnica de excavación horizontal de pisos habitacionales “naturales” o “culturales”. Otro reproche de Taylor consistía en que, aunque las fases culturales deberían definirse con base en unidades de excavación en múltiples sitios, MacNeish había adoptado un enfoque simplista y “hasta ingenuo”, en el cual se igualaba una unidad de excavación a una unidad cultural, o “un conjunto [de artefactos]” a “una fase”. En efecto, afirmaba Taylor, MacNeish había considerado cada nuevo nivel de la cueva como correspondiente a un nuevo periodo temporal.

Esta reseña negativa suscitó el famoso “debate MacNeish-Taylor”, una batalla más en la que MacNeish peleó en retaguardia “de la mejor manera escocesa ... sufriendo pérdidas horribles pero nunca rindiéndose”. En su “Rejoinder to

Taylor”, de abril de 1960, MacNeish usó las páginas de *American Antiquity* para rechazar la idea de que él había considerado una unidad de excavación como igual a una fase cultural. Reconstruyendo sus procedimientos de campo y excavaciones mucho más detalladamente que en su monografía de 1958, Scotty explicó que, cuando no había encontrado más que algunos artefactos distintivos en un nivel de la cueva, los había referido sólo a un “complejo” tentativo. Con el tiempo fueron creadas “fases” mejor definidas, sintetizando múltiples componentes de muchos sitios; MacNeish proporcionó varios ejemplos de cómo lo había hecho.

En *American Antiquity* de octubre de 1960, Taylor respondió a la réplica de MacNeish. Argumentó que MacNeish había defendido su posición introduciendo datos nuevos y presentando una metodología que no había explicado claramente en su libro de 1958. Según Taylor, MacNeish no había hecho explícito su método de establecer las fases hasta que se vio obligado a responder a la crítica de Taylor. Al mismo tiempo, Taylor reconoció que tal vez había asimilado algunas autocríticas de MacNeish, presentándolas como propias.

En el transcurso de las décadas posteriores me han preguntado con frecuencia acerca de quién creo que “ganó” el “debate MacNeish-Taylor”. Mi respuesta es que, en términos del boxeo, no hubo *knockout*; terminó en el empate por puntos. MacNeish tenía razón diciendo que sus fases no estuvieron basadas simplemente en la noción de que “una unidad de excavación es igual a una unidad cultural”, pero Taylor estaba en lo cierto al decir que esto resultaba más claro en la réplica de MacNeish que en su monografía original. También creo que cada protagonista fue influido por la naturaleza de su propio sitio. En la Sierra de Tamaulipas había sucedido una serie de importantes cambios culturales: la subsistencia arcaica basada en la apropiación de alimentos fue reemplazada por la agricultura temprana, después por un periodo de agricultura sedentaria, y finalmente, poco antes del contacto europeo, por la reversión al

sistema de apropiación. MacNeish, de acuerdo con su afición por documentar cada cambio, obviamente definió muchas fases. Los ocupantes de Frightful Cave, por otra parte, permanecieron en esencia cazadores y recolectores desde el periodo arcaico hasta el contacto europeo. No es de extrañar que Taylor no haya podido creer que MacNeish hubiera encontrado tantas fases.

En su autobiografía MacNeish le dio créditos a Taylor por haberlo “exasperado” al grado de que tuvo que “pensar con mayor claridad” sobre lo que estaba haciendo. En muchos de sus reportes posteriores, MacNeish hizo grandes esfuerzos por delinear sus métodos de establecer los tipos, complejos y fases, como si hubiera sentido que Taylor seguía mirando de atrás por encima de su hombro. Taylor, por su parte, se iba desvaneciendo, porque nunca produjo una monografía sobre Frightful Cave. Desafortunadamente, en *A Study of Archaeology* Taylor había propuesto un “enfoque conjuntivo” interdisciplinario, para el cual él mismo nunca logró proporcionar una demostración del tamaño de un libro. A raíz de esto, MacNeish se tomaba la libertad de bromear, “Taylor y yo compartíamos el interés por el enfoque conjuntivo; él hablaba sobre él, y yo lo hacía”. Si hay aquí una lección para arqueólogos jóvenes, es la siguiente: la escalera al cielo no está pavimentada con brillantes críticas del trabajo de los demás sino con buenos informes sobre sus propios sitios.

En parte, la habilidad de MacNeish para producir monografías fue un reflejo de su capacidad para realizar cantidades monumentales de trabajo. Durante la década en que pasaba los inviernos en Tamaulipas, pasaba los veranos en Yukon y Northwest Territories. Su trabajo incluía regiones tan remotas que su viaje de tres días a la cueva de Romero debe haber parecido un día de campo. Para recorrer algunas áreas del norte de Canadá, MacNeish tuvo que contratar a pilotos para que le echaran alimentos en tambores de 50 galones en los puntos críticos a lo largo de su ruta; con sus asistentes Inuit hacía caminatas de un centro de abastecimiento al otro.

En 1954 MacNeish recorrió la costa del mar de Beaufort a cada lado del delta del río Mackenzie en lanchas de ballena y canoas, descubriendo el importante sitio de Engigstciak. En los siguientes dos veranos regresó para excavarlo. Aunque repleto de problemas de soliflucción y grietas por congelamiento, comunes en muchos sitios árticos, Engigstciak produjo una secuencia tentativa de nueve complejos culturales. El complejo de British Mountain, el más antiguo, contenía al extinto *Bison priscus* y parecía ser paleoindio; los complejos más recientes contenían herramientas consideradas “esquimales”. Como frecuentemente le pasó a lo largo de su carrera, MacNeish encontró un sitio que contenía prácticamente la secuencia arqueológica entera de su región.

Inspirado por Engigstciak, MacNeish decidió en 1959 recorrer a pie una extensión de 600 millas del río Firth, con un número pequeño de asistentes Inuit. Este viaje resultó en el hallazgo de sólo 24 sitios arqueológicos, pero en lo doble de buenas anécdotas. En un punto, los caminantes encontraron que un tambor tirado por su piloto se había quebrado y abierto por el impacto, y que un oso atraído por el olor se había comido la mayor parte de su contenido. “Lo peor”, dijo MacNeish, “fue que el oso se comió todos los cigarros, así que para el resto de la excursión los dos Inuit y yo tuvimos que compartir los tres humos restantes.” Cien millas antes del punto final, MacNeish se fracturó el tobillo. Para el resto del camino pudo cojear sólo porque su bota congelada se pegó a su pie, “volviéndose el equivalente de una capa de yeso.”

A pesar de todas las dificultades, MacNeish salió de las tierras yermas de Canadá con una hipótesis de trabajo. Los campamentos de los pueblos cazadores más tempranos, predijo, tenderían a ubicarse en los *eskers* —camellones serpentinos de grava y arena, de los que se creía que fueron formados por corrientes bajo el hielo glacial— que se extendían a través de los pantanos del norte como los caballetes con vías de ferrocarril. De aquí pudieron ser cazados los renos que vadeaban los terrenos pantanosos en-

tre los *eskers*. Éste fue un ejemplo más de la habilidad de MacNeish de “pensar como un hombre prehistórico”, capacidad que más tarde lo llevaría al descubrimiento del sitio Ts-381 en el valle de Tehuacán.

La etapa final del trabajo de MacNeish en el Yukon empezó en 1959, cuando se trasladó al lago de Kluane en la parte suroeste del territorio. Allí pudo llegar por la carretera Al-Can y comprar sus víveres en Whitehorse, lo cual fue una mejoría considerable en logística. Además, pudo basarse en el trabajo de Frederick Johnson de la Peabody Foundation en Andover, Massachusetts, quien había excavado allí en los años 1940. Johnson y MacNeish llegaron a ser buenos amigos y publicaron su trabajo sobre el Yukon conjuntamente en 1964.

Lo que intrigaba a MacNeish acerca de la región fue que su tradición Northwest Microblade había sido comparada por Nels Nelson con el material del lago de Baikal en Siberia. Ésta podría ser prueba de al menos una de las olas de inmigrantes que cruzaron el Estrecho de Bering a América del Norte. MacNeish pasó los años 1957-1961 excavando en los sitios de Gladstone, Little Arm, Teye Lake y otras localidades en el valle del río Kluane. Con los osos *grizzly* pasan-

do por sus calas (y mandando a algunos de sus asistentes a los árboles, mientras que los demás seguían excavando), MacNeish estableció una secuencia tentativa desde 8000 a. C. hasta el primer siglo de nuestra era.

En el sitio estratificado de Gladstone (fig. 2), MacNeish encontró la tradición Northwest Microblade asociada a los cazadores-recolectores que pescaban en el lago de Kluane en verano y cazaban y atrapaban mamíferos en invierno. Su presa favorita incluía al alce, oso negro, reno y bisonte, mientras que su tradición de herramientas pudo haberse remontado al 5500 a. C. MacNeish dividió las herramientas líticas en las de origen local, las que manifestaban posible influencia siberiana y las que indicaban nexos con grupos hacia el sur. De nuevo provocó a sus colegas norteamericanos, asignando algunas puntas de proyectil de Gladstone al bien conocido tipo texano, “Refugio”.

Para 1958 MacNeish había alcanzado la edad de 40 años, y aunque las caminatas de 600 millas a lo largo del río Firth no estaban más allá de sus habilidades, fue atraído nuevamente a los inviernos suaves de México y el reto intelectual de la agricultura temprana. Sus amigos botánicos estaban convencidos de que Tamau-



● Fig. 2 MacNeish (izquierda), en compañía de su asistente, registra la estratificación del sitio de Gladstone ubicado en el valle del río Kluane, un sitio de la tradición Northwest Microblade.

lipas se ubicaba demasiado al norte para ser el lugar donde la agricultura mexicana había comenzado. Por ello, MacNeish empezó a buscar sitios tempranos más hacia el sur.

La región de Copán, Honduras, tenía cuevas, pero ninguna era lo suficientemente seca. Lo mismo aplicaba a Tegucigalpa, Comayagua, y el valle de Zacapa en Guatemala. Cruzando la frontera, MacNeish llegó a Chiapas y examinó los valles de Comitán y San Cristóbal de las Casas; en ninguno había cuevas secas. En 1959, a sugerencia de Frederick Peterson de la New World Archaeological Foundation, hizo pruebas en el abrigo de Santa Marta cerca de Ocozucuatla, en la depresión del río Grijalva del Chiapas central. Éste era un abrigo gigantesco, con cinco niveles precerámicos abarcando el periodo de 7000 a 3500 a. C. Los huesos de animales (recientemente vueltos a analizar, pero no publicados) nos dan una mirada poco común a lo que fue la caza arcaica en el bosque tropical. No obstante, MacNeish y Peterson encontraron que el abrigo estaba sin plantas desecadas, teniendo sólo polen mal conservado.

Desplazándose hacia el norte en 1960, MacNeish realizó un breve recorrido por el valle de Oaxaca y la depresión del río Balsas en Guerrero, pero no encontró nada de interés. Huajuapán de León en el norte de Oaxaca tenía cuevas, pero ninguna estaba seca, por lo que continuó hacia el oriente, a través de Tequixtepec al valle de Tehuacán en Puebla. Desanimado por los tres años de búsqueda inútil, no sospechaba que estaba a punto de pegarle al gordo.

El valle de Tehuacán se localiza entre dos cadenas montañosas que interceptan las precipitaciones, siendo un área de sequía casi permanente, donde la evapotranspiración sobrepasa la precipitación durante la mayor parte del año. MacNeish empezó su reconocimiento en el extremo noroeste del valle en diciembre de 1960 y pronto encontró una serie de cuevas secas cerca de las fuentes minerales de El Riego. Cerca de Altepexi y Ajalpan en el valle central, las cuevas estaban en elevaciones menores y más se-

cas aún. Pero en enero de 1961, el revisó el área sureste del fin del valle, donde las cuevas estaban más bajas y más secas aún. El quincuagésimo sitio de sus prospecciones en Tehuacán era un abrigo grande en el acantilado llamado Cerro Agujereado cerca de Coxcatlán. Durante la excavación de seis días, de una cala de 2 x 2 m, MacNeish alcanzó depósitos con mazorcas de maíz del tamaño del filtro de un cigarro. Estaba a punto de hacer la historia.

MacNeish estaba consciente de que posiblemente se hallaba en el umbral de un gran proyecto, pero como empleado del gobierno canadiense no podía solicitar fondos a la U.S. National Science Foundation (NSF). Entonces se acordó de su colaboración en el Yukon con Frederick Johnson de la R. S. Peabody Foundation en Massachusetts. Hacía tiempo había admirado a Johnson por su trabajo interdisciplinario en el sitio de Boylston Street Fishweir en Boston. También admiraba a Douglas S. Byers, director de la Peabody Foundation, por su trabajo en el sitio paleoindio de Bull Brook en Massachusetts. La Fundación Peabody estaba de acuerdo en solicitar una beca de la NSF y la Rockefeller Foundation para financiar el Proyecto Arqueológico-Botánico de Tehuacán, con MacNeish como director de campo.

En los siguientes cuatro años MacNeish usó todas sus capacidades administrativas que había aprendido en Kincaid para dirigir un proyecto grande e interdisciplinario en el valle de Tehuacán. Trajo a Peterson de Chiapas, para que estuviera a cargo de su base de campo. Invitó a Melvin L. Fowler (quien lo había impresionado con su trabajo en Modoc Rock Shelter en Illinois) para que excavara en la cueva de Coxcatlán. José Luis Lorenzo mandó a participar a dos de sus mejores estudiantes, Ángel García Cook y Antoinette (Toni) Nelken, desde la Ciudad de México. Un equipo de botánicos, incluyendo a Mangelsdorf, Walton Galinat, C. Earle Smith, Lawrence Kaplan, Hugh Cutler y Thomas Whitaker, analizó los restos de plantas. Richard Woodbury y James Neely estudiaron los sistemas de riego prehistóricos. Yo tuve la suerte de ser con-

tratado como estudiante de licenciatura especializado en análisis arqueológico de la fauna.

MacNeish y su equipo hicieron sondeos en 15 cuevas, para luego enfocarse en seis, llamadas: El Riego, Tecorral, San Marcos, Purrón, Abejas y Coxcatlán. Todas eran importantes, pero la más grande fue indudablemente la de Coxcatlán (fig. 3). Pertenece a la categoría de “clase mundial” de las cuevas arqueológicas, así como Tabun y Kebara en Israel, Ksar Akil en Líbano y Combe Grenal y Abri Pataud en Francia. Coxcatlán también aportó el macneishismo que siempre me ha sido favorito —“Ajuereado”—, palabra que no pertenece a ningún idioma conocido. Elegido por MacNeish para denominar el periodo paleoindio en la cueva de Coxcatlán, representa su versión del intento de un campesino local de pronunciar “[Cerro] Aguje-reado”.

El proyecto de Tehuacán hizo del nombre de MacNeish una palabra familiar. Él recuperó lo que (en ese entonces) fue el maíz más antiguo, las calabazas más antiguas, los chiles y frijoles más antiguos, los tomates y aguacates más antiguos, el algodón más antiguo del Nuevo Mun-

do, los perros y pavos más antiguos, así como las más antiguas abejas mexicanas. Aunque, según los fechamientos recientes de AMS, algunas de estas especies domesticadas son más jóvenes de lo que se había pensado originalmente, MacNeish recorrió la agricultura a la época antes de 7 000 a.p. (fecha calibrada). Con estos descubrimientos se ganó la medalla Spinden de la Smithsonian (1964), la medalla Lucy Wharton Drexel de la Penn (1965), la medalla Addison Emery Verrill de la Yale (1966), la medalla Alfred Vincent Kidder de la American Anthropological Association (1971), el premio Fryxell de la Society for American Archaeology (2000), y la elección a tres academias: la National Academy of Sciences, la American Academy of Arts and Sciences, y la British Academy.

Tan importantes como estos descubrimientos sobre la agricultura fueron los nuevos conocimientos acerca de los orígenes de la vida sedentaria en México. MacNeish encontró que un complejo de tazones de piedra del Arcaico tardío fue seguido por la primera cerámica burda de México. Nombrada según la cueva de Purrón, donde apareció por primera vez, esta cerámica monocroma se asemejaba a los reci-



● Fig. 3 Grupo de excavación de MacNeish en la cueva de Coxcatlán. Cada uno de los estratos fue señalado con tarjetones en orden alfabético, lo que permitió trazar de cuadra en cuadra. En el nivel K de la cueva se obtuvieron 18 de los más antiguos olotes, los fechamientos de AMS los ubican en el IV milenio a.C. (fecha calibrada). En el nivel M se registró una rugosidad de 5 000 años a.C., obteniéndose en México la evidencia más antigua del ritual de sacrificio infantil.

pientes de piedra con los que brevemente coexistió, antes de reemplazarlos.

Después ocurrió otro ejemplo de la capacidad de MacNeish de pensar como hombre prehistórico. Una tarde, mientras algunos de nosotros estábamos sentados tomando capuchino en el Café Santander de Tehuacán, MacNeish, con una mirada extraña en sus ojos, dijo: “algo me huele que hay un pueblo temprano de casas semisubterráneas en el cañón de Chilac”. Todos nos amontonamos en el Land Rover y manejamos al cañón de Chilac, donde MacNeish (en menos de diez minutos) encontró el sitio de Ts-381. El sitio era, en efecto, precerámico tardío, y eventualmente fueron encontrados grandes hoyos. El hecho de que se parece a un campamento para procesar agave, más que a un pueblo tipo Basketmaker que MacNeish había esperado encontrar, en nada disminuye su habilidad para predecir dónde habría establecido su asentamiento la gente prehistórica.

MacNeish siempre decía que los años de Tehuacán fueron los más felices de su vida. El auge intelectual que estos años produjeron lo hizo ansioso de regresar al campo luego que su informe de cinco volúmenes entró a la prensa. Ahora quiso abordar los orígenes de la agricultura y la domesticación de animales en los Andes. La clave sería encontrar un valle de alta montaña, suficientemente árido para tener cuevas secas.

En 1966-1967, MacNeish buscó consejos de los andinistas Frédéric Engel, Edward Lanning, Thomas Patterson y Rogger Ravines, e hizo reconocimiento en los valles peruanos de Huancayo, Huancavelica, en los ríos Mantaro y Pampas y de Ayacucho. El paisaje era escabroso; Ravines recuerda que, de no haber sido por él, MacNeish pudo haberse ahogado cuando se resbaló y fue llevado por una corriente montañosa que él y Rogger estaban vadeando. Muchas cuevas tenían depósitos precerámicos, pero por su altura estaban demasiado frías y húmedas para la preservación de plantas. El área de Huanta-Ayacucho parecía la más prometidora y, finalmente,

MacNeish y Ravines hallaron Pikimachay (cueva de las Pulgas), cerca de las famosas ruinas de Wari.

Este reconocimiento andino se llevó a cabo durante una de las breves incursiones de MacNeish en la docencia. Del museo en Ottawa se había cambiado al puesto de profesor en Calgary, sólo para descubrir que dar clases lo volvía loco y que su puesto en Canadá seguía impidiéndole que buscara fondos en la NSF. La plaza de sus sueños —“investigación pura”— por fin se abrió, cuando Byers y Johnson empezaron a retirarse de la Peabody Foundation en Andover, pavimentando el camino a MacNeish, quien en 1969 llegó a ser su director.

De 1969 a 1975, con el apoyo de la NSF, MacNeish dirigió el proyecto arqueológico-botánico, grande e interdisciplinario, de Ayacucho-Huanta. Reunió a muchos de sus colaboradores anteriores del Proyecto de Tehuacán, incluyendo a Toni Nelken, Ángel García Cook, Walton Galinat, Eric Callen y a mí, y agregó a la botánica Barbara Pickersgill y a la zooarqueóloga Elizabeth Wing. El proyecto de MacNeish hizo de Ayacucho uno de los valles de alta montaña más intensamente estudiados del Perú, con más de 600 sitios localizados y una secuencia estratigráfica desde el Pleistoceno tardío hasta la conquista española.

La extensión de las zonas ambientales abarcadas fue impresionante y se reflejaba en las cuevas más grandes. El abrigo de Puente se ubicaba en matorrales espinosos a 2 582 m, aportando cientos de restos del conejillo de Indias y fechando la domesticación de este roedor al periodo precerámico. La cueva de Pikimachay, a 2 850 m de altura, ofreció un complejo espectacular de animales del pleistoceno, incluyendo al caballo extinto y el perezoso gigante (fig. 4). La cueva de Jaywamachay, en tierras húmedas y boscosas a 3 350 m, era un campamento de cazadores al que se habían llevado grandes números de guanacos y venados huemal. La cueva de Tukumachay, a 4 350 m, en la puna o tundra alpina sin árboles, miraba hacia el te-



● Fig. 4 MacNeish (tomando apuntes) en el inicio de las excavaciones en el norte de la cámara de la cueva de Pikimachay en Perú. En los niveles más bajos se obtuvo evidencia de fauna del Pleistoceno.

territorio de la vicuña. Gracias a una serie de mediciones y al análisis discriminante realizado por Wing, pudimos documentar la aparición de la llama doméstica (y quizás alpaca) en la época precerámica. La conservación de plantas no fue tan buena como en Tehuacán, pero la excavación arrojó luz sobre la historia temprana de la calabaza y la quinua y sugirió que el maíz había llegado a Ayacucho antes del año 3000 a. C. Como después se mostró, el trabajo de MacNeish en Ayacucho fue realizado a tiempo: cinco años más tarde, el movimiento guerrillero de Sendero Luminoso volvió el trabajo en la región prácticamente imposible.

En tanto que la comunidad arqueológica esperaba ver su siguiente paso, MacNeish buscaba nuevos mundos para conquistar. Desde hacía tiempo había hablado sobre la investigación de los orígenes del cultivo de arroz, pero las relaciones entre Estados Unidos y China no eran suficientemente buenas todavía para hacer factible un proyecto de este tipo. Sin embargo, en 1975 la NSF patrocinó un programa de intercambio con China, y MacNeish se encontró en camino a Beijing. Allí llegó lo inesperado: al pasar por Seattle, MacNeish sufrió su primer ataque de corazón y fue sometido a una doble cirugía *bypass*. Como si esto no fuera suficiente,

una sobredosis del anestésico lo dejó inconsciente durante 21 días. Se recuperó, pero con la instrucción de cancelar sus planes de viaje y guardar reposo.

Todos los que conocían a MacNeish pronosticaron que no iba a reposar durante mucho tiempo. Simplemente buscaría una región arqueológica más cerca de su casa. Esta región resultó ser Belice.

MacNeish se había impresionado por el área maya desde que había hecho el álbum de imágenes para la señorita Ives en 1930. Su interés por el periodo Arcaico en las tierras bajas tropicales fue adicionalmente fomentado cuando su viejo amigo, James A. Ford, encontró un sitio precerámico en Palma Sola en la costa de Veracruz en los años sesenta. Posteriormente, en los años setenta, Jeffrey Wilkerson descubrió Santa Luisa, un sitio del periodo Arcaico tardío al oriente de El Tajín. Debe haber una larga secuencia precerámica en las tierras bajas mayas, solía decir MacNeish: “pero cuando les preguntó a los mayistas por qué no la investigan, me dicen que no se puede encontrar sitios precerámicos en la vegetación tropical”. Este tipo de reto fue precisamente el que le gustaba a MacNeish.

En la primavera de 1980, MacNeish, Wilkerson y Nelken iniciaron un reconocimiento de la región costera de Belice. Durante las prospecciones que suenan como equivalente tropical del trabajo de MacNeish en el inhóspito ambiente ártico, vagaban en lanchas y camionetas a través de 14 000 km², localizando 230 sitios y creando cinco fases precerámicas tentativas. Al acumularse los descubrimientos, se anexaron al proyecto Robert y Judith Zeitlin.

Aunque no cabe duda que MacNeish encontró elementos de una larga secuencia precerámica, sus sitios beliceños eran mayormente localidades a la intemperie, poco profundas y con poca estratigrafía. Tal situación lo forzó a basarse en la seriación de los tipos de artefactos y, por supuesto, continuó empleando los nombres de puntas de proyectil originalmente inventados para las puntas de Texas. (Esta práctica debió ser particularmente desconcertante para Harry Shafer y Thomas Hester, dos arqueólogos texanos que trabajaban en Belice y tenían buen conocimiento de estos tipos.) La secuencia propuesta por MacNeish empezaba con un complejo paleoindio llamado Lowe-ha, que tenía puntas de dardo o lanza parecidas a las de la cueva de Loltún, Yucatán, y el lago de Madden, Panamá (¿9000-7500 a. C.?). Terminaba con el complejo llamado Progreso, cuyos sitios tenían piedras de molienda y eran suficientemente grandes para poder ser aldeas de agricultura incipiente (¿3000-1800 a. C.?). Aunque los detalles de la secuencia beliceña de MacNeish siguen siendo discutidos, es impresionante el número de sitios precerámicos que halló en la vegetación tropical en un lapso relativamente corto.

Para 1983, a la edad de 65 años, MacNeish se había retirado de la Peabody Foundation. Un segundo periodo de docencia, esta vez en la Universidad de Boston, terminó aún más pronto que el primero, dando otra prueba de que sólo el trabajo de campo pudo mantener su atención. En octubre de 1984, él, Frederick Johnson y el físico Bruno Marino crearon la Andover Foundation for Archaeological Research.

Ahora, al haber pasado 46 años desde que MacNeish asistió a Brainerd en la cueva de Swallow Nest, estaba dispuesto a regresar al suroeste. Consultó a Linda Cordell, Steadman Upham y otros que pudieran saber de cuevas secas con evidencias de agricultura temprana. En varios sondeos en Nuevo México se encontró el maíz fechado hacia 1225 a. C., pero para MacNeish fueron aún más interesantes las indicaciones de los restos de la etapa Clovis y posiblemente anteriores. No todos sus colegas habían sido convencidos de que la fauna pleistocénica en la cueva de Pikimachay estaba asociada con la ocupación humana. Como consecuencia, nada le podría haber gustado más a MacNeish que una cueva con depósitos pre-Clovis indiscutibles.

¿Cómo una cueva verdaderamente grande puede quedar oculta para los arqueólogos del suroeste durante años? Al estar dentro del alcance de tiro de una base militar restringida. En 1989 el personal del Environmental Office en Fort Bliss, unos 48 km al sur de Alamogordo, llevó a MacNeish a dos cuevas en MacGregor Firing Range. Una de ellas, la cueva Pendejo, estaba en un acantilado de piedra caliza, mirando hacia los fondos secos de los lagos glaciales. El hecho de que el nombre de la cueva era una grosería en español le encantaba a MacNeish. Allí, acompañado por Jane Libby, administradora del proyecto, y un equipo de la Andover Foundation, MacNeish realizó excavaciones de 1990 a 1992.

La cueva Pendejo fue en verdad asombrosa. Tenía 22 estratos “extremadamente bien definidos” y proporcionó 72 fechas de radiocarbono, de las cuales 60 fueron anteriores a la etapa Clovis. Los niveles G y H tenían la edad de por lo menos 25 000-31 000 años; en la capa 0 (la más antigua) no había muestras fechadas, pero la capa N tenía una fecha en exceso de 36 240 a.p. En dos niveles se encontraron cabellos diagnosticados como humanos, teniendo el espécimen más reciente la edad de 12 300 a.p., según el fechamiento AMS. El cabello más antiguo, fechado hacia 19 180 a.p., ha sido tentativamen-

te identificado como “mongoloide” en lugar de “americano nativo”. En el barro de la capa I se encontró lo que parecen ser huellas digitales y palmares humanas, que podrían tener una edad de más de 30 000 años a.p. Los dos niveles más bajos contienen animales extintos del Pleistoceno.

A MacNeish le agradaba la inevitable controversia suscitada por la cueva Pendejo. Sabía que al menos un grupo de los especialistas en lo paleoindio —conocidos por su apodo de cariño como Policías de Clovis— iba a manifestarse escéptico ante cualquier intento de empujar la ocupación humana en el Nuevo Mundo hasta 30 000 años a.p. Ellos dudaban que los “artefactos” hallados con fauna extinta fueran realmente de manufactura humana. Algunos sugirieron que los supuestos fogones de los que provenían algunas fechas de radiocarbono eran simplemente ratoneras quemadas. Nada de esto le preocupaba a MacNeish. Como de costumbre, estaba preparado a lanzar contragolpes hasta que ganara por puntos.

Además, por más excitante que fuera su trabajo en Fort Bliss, MacNeish ya se estaba involucrando en un nuevo proyecto. En 1991, 16 años después de que la cirugía cardíaca frustrara su primer intento de visitar China, fue invitado a una conferencia sobre la agricultura temprana en la provincia de Jiangxi. Durante la visita a la región, le mostraron a MacNeish muchas cuevas y abrigos prometedores; en 1992 solicitó el permiso para sondearlos. Después de muchas negociaciones, se acordó que un conjunto sinoamericano —el Proyecto de Origen del Arroz en Jiangxi— sería codirigido por MacNeish y el profesor Yan Wenming de la Universidad de Beijing.

En 1993 MacNeish, Jane Libby, Geoffrey Cun-
nar y un equipo de estudiantes chinos y americanos empezaron la excavación de Xian Ren Dong (cueva del Espíritu Benévolo) y Wang Dong (cueva de Mango de la Cubeta). Hubo necesidad de un zooarqueólogo del Viejo Mundo, y en 1995 se agregó al equipo a Richard

Redding. Para entonces a MacNeish se le había dado el nombre chino Mah Nish, que él libremente tradujo como “el noble del linaje de Caballo”. Ello de manera adecuada reforzó la pronunciación preferida de Scotty de su nombre de familia: *Mac Nish*, en lugar de *McNeesh*.

MacNeish excavó en las cuevas de Jiangxi con el método de La Perra, estableciendo una secuencia estratigráfica desde el Paleolítico superior (24 540 a.p.) hasta el Neolítico final (4 000 a.p.). Estas cuevas no se parecían a las de Tehuacán, por supuesto. Al igual que las de Europa o el Medio Oriente, tenían el pedernal, la cerámica y huesos bien preservados, pero carecían de los restos de plantas desecadas. Afortunadamente, MacNeish pudo contratar a Deborah Pearsall para que entrenara a un talentoso estudiante chino, Zhao Zhijun, en análisis de fitolitos en la Universidad de Missouri. Fueron predominantemente los fitolitos (y la flotación de los restos carbonizados de plantas) los que facilitaron la documentación de los orígenes de la agricultura en Jiangxi.

Los resultados preliminares sugirieron que los fitolitos del arroz silvestre, *Oryza nivara*, estaban presentes en Wang Dong para 17 040 a.p. Los primeros fitolitos raros del arroz doméstico, *Oryza sativa*, aparecieron en ambas cuevas entre 14 000 y 11 200 años a.p., en la fase Xian Ren de MacNeish (Nota para Walter Taylor: la fase Xian Ren se estableció con base en múltiples componentes de varios sitios, y esta vez fue MacNeish explícito al respecto). El arroz domesticado no llegó a ser dominante, sin embargo, hasta 9 600-8 000 a.p., periodo coetáneo con el advenimiento de la agricultura cereal en el Levante. En lo que concierne a la domesticación temprana de animales, los resultados preliminares de Redding sugieren que el pollo pudo haber estado presente en capas neolíticas fechadas hacia 7 500 a.p. Para entonces había cerámica abundante en la secuencia de las cuevas. Esto le dio la oportunidad a MacNeish, el viejo ceramista iroqués, de asignar a los tipos nombres bipartitas, tales como Xian Wiped, Xian Paddled y Wang Plain.

Para el año 2000, MacNeish tenía 81 años, edad en la que la mayoría de los arqueólogos ya guardaron sus botas de campo. Scotty, empero, estaba planeando su siguiente proyecto. Sabía que yo había trabajado en el Medio Oriente con Robert Braidwood y Frank Hole y me consultaba al respecto en sus ratos libres en Tehuacán y Ayacucho. Le dije que, de todos los sitios que él había excavado, Jaywamachay era el más parecido a una cueva del Medio Oriente. Redding, quien entonces estaba colaborando con Michael Rosenberg en Hallan Çemi en las montañas de Taurus, se ofreció llevar a MacNeish a una excursión por la Turquía paleolítica y neolítica. MacNeish apenas había elaborado el itinerario cuando sufrió un leve ataque cardíaco que detuvo su proyecto sobre los orígenes de la agricultura en Turquía.

A MacNeish le dijeron que debía guardar reposo, pero su idea de éste consistía en visitar sitios arqueológicos. Así, el 16 de enero de 2001, llegó a pasar por el camino de terracería entre Lamanai y Caracol.

El nombre de MacNeish debería aparecer en cualquier lista de los más grandes arqueólogos del siglo XX. Nació en una familia de collar blanco, tenía una ética de trabajo propia del collar azul y fue capaz de aguantar esfuerzos sobrehumanos. Considérese lo que sabíamos sobre los orígenes de la agricultura en 1945, poco antes de que él cruzara la frontera a Tamaulipas, y luego compárese con lo que sabemos ahora, gracias a él. Con firmeza y tenacidad de boxea-

dor, combinó las técnicas de campo de Kincaid y el suroeste con el modelo de la etnografía de Great Basin, para finalmente volver a escribir la prehistoria del Nuevo Mundo. En su autobiografía comentó de James A. Ford: "Había gigantes en aquellos días, y él fue uno de ellos". Hoy en día podemos decir lo mismo para MacNeish.

Durante toda su carrera, Scotty contó con el apoyo de una serie de mujeres fuertes e independientes. Su primera esposa, la etnóloga June Helm, le asistió en Canadá y Tamaulipas durante el tiempo que no estuvo dedicada al estudio de los hablantes de lenguas athabascanas. Con su segunda esposa, Diana Walter, tuvo hijos, Roderick y Alexander MacNeish. Toni Nalken, encargada de su laboratorio, analizó para él cantidades prodigiosas del material de Tehuacán, Ayacucho y Belice. En Nuevo México y China, Jane Libby fue su administradora de proyecto, editora y un pilar de apoyo universal.

¿Cómo era Scotty? Ferozmente leal y generoso en quienes confiaba, e inflexible con quienes no. Para mí fue como el tío favorito, aquel que te compra la primera bebida cuando cumples los 21, quien te presta su tarjeta de crédito, el confidente que metería las manos al fuego por tí. Lo voy a extrañar mucho, pero sé que está en buena compañía. Sentado ahora al lado de Papa Cole, "Doc" Kidder, Jim Ford y Charlie Di Peso, intercambiando historias de excavaciones y tomándose una cerveza o dos. O seis u ocho.

